

INICIACIÓN A LA EXPERIENCIA DE DIOS en niños

ANA BERÁSTEGUI PEDRO-VIEJO

Instituto Universitario de la Familia. Universidad Pontificia Comillas
a.berastegui@iuf.upcomillas.es

“**D**ejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis; de los que son como ellos es el Reino de Dios. Os lo aseguro, el que no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él”.

(Mc 10, 14-15)

La iniciación religiosa de los niños va más allá de la transmisión de un cuerpo de conocimientos o una escala de valores por parte de los profesores, los agentes de pastoral o la familia. El núcleo de la experiencia religiosa cristiana es que el niño se abra, poco a poco, a “amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo” (Mt 22, 34-40), es decir, desarrolle una experiencia de relación con Dios.

Por ello, la iniciación religiosa cristiana se parece más a preparar un encuentro que a impartir una asignatura. En este sentido, el programa de iniciación a la experiencia de Dios en los niños tiene una triple vertiente: desarrollar una imagen y una relación con Dios como padre, desarrollar una imagen y una relación con uno mismo como hijo de Dios y desarrollar una imagen y una relación con los otros como hermanos, hijos todos de un mismo padre (figura 1).

Cada uno de los vértices de este triángulo tendría una vertiente más cognitiva, relacionada con el conocimiento, la comprensión y el desarrollo de una imagen adecuada (de Dios, del prójimo y de uno mismo) y otra dimensión relacional, que tiene más que ver con el desarrollo de habilidades de comunicación, de relación y de cuidado.

- El primer vértice incluiría la parte cognitiva, que tiene que ver con el descubrimiento progresivo de la historia sagrada y también el desarrollo de habilidades de contemplación de la acción de Dios sobre el mundo y la parte relacional que tendría que ver con aprender a dirigirse a Dios, a rezar, a dar gracias y también aprend-

El desarrollo de la experiencia de Dios cristiana, implica que el niño se abra a “amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo”, es decir, desarrolle una experiencia de relación con Dios. La psicología evolutiva, nos invita a pensar en un itinerario a la inversa, el niño debe aprender a ser amado, aprender a amarse a sí mismo, a amar al prójimo y, desde estas experiencias, abrirse a la relación con Dios.

competencia espiritual ▼



Ana Berástegui Pedro-Viejo.

Figura 1. *Vértices de la iniciación a la experiencia cristiana*



der a sentirle o reconocerle en la vida cotidiana del niño, aprender a hablar y a atender en esta relación. Este será el punto que desarrollemos con más detalle en este artículo.

- El vértice del amor al prójimo tiene que ver con el desarrollo de una imagen de los otros como hijos de Dios, es decir, la posibilidad de conocer a los demás tal y como son, poder desarrollar relaciones de empatía y comprensión hacia los otros así como desarrollar habilidades de relación con los demás que incluyan hábitos de cuidado del otro y de respeto al otro así como valores de relación: la generosidad, la entrega, la solidaridad...
- El vértice del amor a uno mismo tiene que ver con desarrollar una imagen de uno mismo como hijo de Dios, por lo tanto, digno de amor y capaz de amarse a sí mismo, con las capacidades dones. Este vértice también incluye el desarrollo de hábitos de relación con uno mismo: de escucha y conocimiento del mundo emocional y de las propias reacciones y motivaciones y también de respeto y autocuidado.

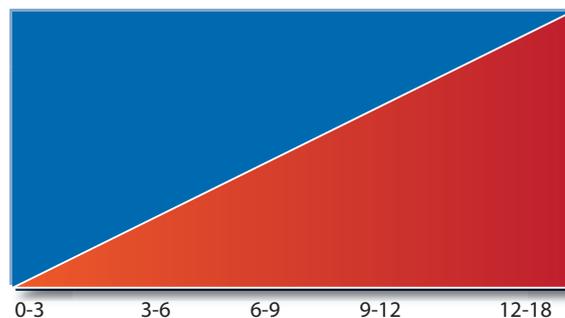
Cuando intentamos comprender la iniciación a la experiencia de Dios en niños, una de las primeras cuestiones que señalaría la psicología evolutiva es que los niños deben sentirse amados para poder amar, y nos invita a pensar en un itinerario a la inversa: el niño debe aprender a ser amado, aprender a amarse a sí mismo, a amar al prójimo y, desde estas experiencias, abrirse a la relación con Dios.

EL DESPERTAR RELIGIOSO, UNA OFERTA DE AMOR

Así, es importante destacar que toda la experiencia pastoral es una oferta de amor y, como tal, debería ser vivida en un clima de intercambio personal cálido, atento y empático. No debe ser entendido como un adoctrinamiento sino que, ante todo y sobre todo, la pastoral debe ser vivida como una oferta de amor.

Así, una de las primeras cosas a cuidar en la pastoral infantil es la relación del niño con sus padres y la implicación de su entorno más próximo de cuidado en el despertar religioso. El niño no se desarrolla sólo y su religiosidad tampoco, por lo que el objeto de nuestro cuidado debe ser el niño en su familia y el niño y su familia, con más fuerza en los primeros años, cada vez menos dependiente de ella a medida que se adentra en las etapas escolares y la adolescencia (figura 2).

Figura 2. *Equilibrio entre las dimensiones individuales y familiares de la pastoral*



Sin embargo, hay que reconocer el poco valor que se le ha dado en la pastoral a la etapa 0-3 años, aún cuando puede ser un momento valiosísimo de presencia en la formación de los rudimentos del mundo de fe del niño y del proceso de transmisión de la fe en la familia.

Cuidar en estos momentos el entorno familiar tiene tres dimensiones fundamentales:

1. Cuidar el modo de amar que va a recibir el niño, en primer lugar, porque es digno de ese amor y porque su construcción como persona lo necesita.
2. Cuidar las primeras experiencias de confianza, y por tanto de fe, de su vida, porque en ellas va a sustentar su experiencia religiosa.
3. Reconocer, valorar y remarcar el papel de la familia como primer transmisor de la fe.

4. Convertirse eclesialmente en un espacio comunitario de referencia y cuidado en unos momentos de gran vulnerabilidad y riqueza en la vida del niño y la familia, de modo que la familia también pueda encontrar un apoyo en uno de los momentos más importantes de su vida.

El niño debe aprender a ser amado, aprender a amarse a sí mismo, a amar al prójimo y, desde estas experiencias, abrirse a la relación con Dios.

LA IMAGEN DE DIOS EN EL NIÑO

El concepto que la persona tiene de Dios y el modo en el que este concepto se construye a lo largo del desarrollo humano se ha considerado crucial en el desarrollo y la forma de la fe personal del individuo y, de hecho, ha sido estudiado en Psicología de la Religión más que cualquier otro concepto durante las últimas décadas. Así, los investigadores han descrito las diferencias evolutivas en el concepto de Dios centrándose fundamentalmente en el papel del desarrollo cognitivo.

Las características de la experiencia religiosa en el niño entre el final del preescolar y el inicio de la etapa escolar, han sido calificadas como inmaduras. Esto es especialmente derivado del egocentrismo que atribuye la teoría piagetiana al pensamiento en estas edades. Sin embargo, esta inmadurez no debe ser interpretada como una experiencia engañosa o falsa; sino como una experiencia vivida desde el

modo en el que el psiquismo en construcción de los niños se relaciona con sus padres, hermanos y amigos. Por lo tanto, este también es el modo que tiene de relacionarse con Dios: es un conocimiento infantil, claro, porque es el conocimiento de un niño, pero no por ello menos real. Rescatando las palabras del evangelio que citamos al comienzo de este artículo, podemos entender que hay algo profundamente verdadero en el modo infantil de relacionarse con Dios.

Así, podemos entender desde otro prisma la imagen de Dios que tienen los niños, tal y como se ha descrito con anterioridad:

1. En primer lugar, se ha descrito que la imagen de Dios en este momento es *egocéntrica*, de tal manera que el niño percibe a Dios a la medida de sus necesidades.
2. En segundo lugar, el niño piensa en Dios de una manera *antropomórfica*, es decir, que tiene forma y atributos humanos. De esta característica es rescatable la idea de relacionarse con un Dios que es persona y con el que uno puede entrar en relación. La espiritualización de Dios de etapas posteriores a veces conlleva un resecamiento afectivo en la relación con Dios que no tiene esta etapa. A través de los atributos humanos se puede ir construyendo una imagen de Dios tal como la que se nos cuenta en el Evangelio (que también es prolijo en metáforas antropomórficas en las parábolas para explicar como es Dios). Desde esta perspectiva, a los 6 años el niño está perfectamente capacitado para comprender algunos de los atributos de Dios que son centrales en nuestra fe como que Dios es un padre bueno, que Dios cuida, que Dios ayuda y



apoya, que Dios perdona, que Dios sostiene en los momentos difíciles, que Dios acompaña en el dolor, que Dios es creador, que Dios está presente.

3. En tercer lugar, el niño tiene una imagen de Dios *animista y mágica*. Esto significa que el niño piensa que Dios puede prescindir de las leyes naturales y es así como le resulta enormemente natural comprender los milagros o la irrupción de Dios en la historia de los hombres.
4. La imagen infantil de Dios también es *ritualista* de manera que piensa que, a través de determinadas técnicas o contraprestaciones, puede manipular a Dios para que cumpla su voluntad. Este ritualismo nos habla también de que el niño piensa que Dios se deja afectar por las personas, que se puede relacionar con él y que la relación es bidireccional.
5. Finalmente, el niño tiene una concepción *realista* de los ritos y símbolos de manera que piensa que el símbolo es la realidad lo que le permite vivir con una gran frescura y vive los sacramentos y otras realidades simbólicas con las que expresamos nuestra fe.

LA RELACIÓN CON DIOS EN EL NIÑO

Más allá de la creencia en que Dios existe, de las características que el sujeto le atribuye y de la explicación de la realidad que podría derivarse de la existencia de Dios, existe una dimensión de la creencia religiosa, que va cobrando fuerza en los diversos estudios, que tiene que ver, no tanto con el concepto de lo que Dios es, hace o explica, sino con la relación que el niño va forjando con Dios a lo largo de su desarrollo. En este sentido, una cosa es creer que Dios existe y otra muy distinta entrar en una dinámica de relación, diálogo, confianza o encuentro con Él.

Desde esta perspectiva, la teoría del apego proporciona un esquema muy poderoso para comprender muchos aspectos de la creencia religiosa y, muy particularmente, de la relación con Dios, tal y como

han propuesto prestigiosos psicólogos de la religión como Kirkpatrick (1992, 1999)¹ o Granqvist (1998, 2002, 2003)². Desde esta perspectiva, el desarrollo de la religiosidad se puede predecir desde la experiencia de apego infantil. Dios sería para el niño, parecido a aquel que le cuida del niño y le proporciona seguridad. Así, la imagen de Dios se construye como una figura de apego que integra y cumple con las dos funciones básicas de estas figuras: ser refugio y consuelo frente al sufrimiento o el temor y servir de base protectora, atenta y capaz en la autonomía y la relación con el mundo (figura 3).

La investigación ha encontrado cómo en los discursos de mucha gente Dios es percibido al mismo tiempo como un puerto seguro en tiempos de crisis y una base segura a partir de la que acercarse al mundo fuera de peligro, imágenes paralelas a la relación de apego entre el niño y su figura de apego (Kirkpatrick 1999).

HERRAMIENTAS DE APOYO

Para favorecer el encuentro con Dios en estas primeras etapas de la vida, en primer lugar, hay que dar por supuesta la fe del niño. Presuponer la fe permite que el niño vaya reconociendo sus experiencias religiosas como tales.

Por otra parte es muy importante que el aprendizaje de los contenidos religiosos partan de la propia experiencia del niño por lo que será de especial importancia la capacidad de evocar experiencias de confianza, de amor y de fe pero también de provocar estas experiencias, de traerlas al aprendizaje.

Finalmente, la educación religiosa de nuestros niños ha estado excesivamente basada en la transmisión verbal de contenidos cuando, en estas edades, el hecho de partir de la experiencia nos obliga a utilizar canales no verbales de comunicación como el trabajo con el cuerpo, la puesta en marcha de diversas acciones o la representación de estados y relaciones. ■

Figura 3. Dimensiones de la experiencia de Dios y tipos de religiosidad

REFUGIO Y CONSUELO



1 KIRKPATRICK, L. A. (1992). "An attachment-theory approach to the psychology of religion". *International Journal for the Psychology of Religion* 2, 3-28; KIRKPATRICK, L. A. (1999). "Attachment and religious representations and behavior". En J. CASSIDY y P. R. SHAVER (eds.), *Handbook of attachment theory and research*. Nueva York: Guilford, pp. 803-822.

2 GRANQVIST, P., y HAGEKULL, B. (1999). "Religiosity and perceived childhood attachment: profiling socialized correspondence and emotional compensation". *Journal for the Scientific Study of Religion* 38, 254-273.

Para saber más

- BERÁSTEGUI, A.; MOTA, R., y VIDAL, F. (2009). "Infancia y Religiosidad en España: ¿A quién catequizamos?". *Actualidad Catequética* 221-222, pp. 81-99.
- BERÁSTEGUI, A. (2006). "De la experiencia de crecimiento humano al encuentro con el misterio". En C. SOTO (Ed.) *He visto al que me ve*. Estella: Verbo Divino, pp. 17-44.